

Escribir sin papel

Relatos



CABALGATA DE REYES

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



CABALGATA DE REYES

Con ojos que luchaban por abrirse, el padre iba repitiendo los movimientos rutinarios de cada mañana. En la cocina olería muy pronto a café y a pan tostado. La radio ya susurraba con prisa las noticias. En la casa hacía bastante frío.

Por alguna razón, el padre vio de reojo a través de la ventana. La luz del día era muy tenue. Para la hora que señalaba el reloj, la luz era aún muy apagada. El día también tenía pereza...

No, no era eso. Era que el cielo estaba todavía muy cerrado y muy gris. Las nubes eran tan tristes que hacían que todo estuviese como dentro de una nevera. Miró con atención por la ventana, y entonces vio lo que ocurría: estaba nevando. El suelo de la calle y los tejados de las casas tenían una alfombra blanca bien cuajada. Y el aire estaba lleno de copos de nieve que seguían cayendo con calma. La nieve producía un silencio conmovedor. Nada parecía capaz de quebrarlo. El tiempo estaba quieto en el instante anterior al amanecer, ni de día ni de noche. El día estaba parado.

Era la mañana de la víspera de Reyes. Vacaciones de navidad, niños en casa, adornos, belén, árbol. Cuando dieron las nueve, el padre fue al cuarto del hijo mayor, que tenía cinco años. El niño lo oyó entrar y se despertó, así que el hombre se sentó en la cama, lo besó y le dijo al oído, "Está nevando". Y se levantó y subió la persiana. Fuera seguía todo blanco, tristón y en silencio. El niño se quedó pegado al cristal, contemplando la novedad, disfrutando del espectáculo que tan pocas veces se deja ver.

Después de la sorpresa y de las primeras reacciones de alegría, bajaron juntos a tomar el desayuno. La madre y el bebé, como la noche había sido algo removida, seguían todavía durmiendo.

A meda mañana no había parado de nevar. El padre tuvo que salir a la calle a hacer un encargo. Tenía que recoger una prenda que una costurera había arreglado. Cruzó el pueblo entero hasta llegar al Pozo Cardona, al otro extremo. Pisaba la nieve despacio, intentando dejar la huella a cada paso clavando el pie. Así y todo, no podía evitar algún resbalón que no llegaba a ser caída. Había muy poca gente por la calle, sólo la precisa, los que no habían tenido más remedio que salir a trabajar. Cuando llegó a la casa de la costurera, las piernas le dolían del

esfuerzo. Tuvo que detenerse ante la puerta, sin llamar todavía, a ver si se recuperaba.

Con el encargo hecho, volvió pasito a pasito, sujetando el paraguas con una mano y la bolsa con la ropa en la otra. Por la plaza, al ver otra vez las luces suspendidas sobre las calles, recordó que esa tarde sería la cabalgata, y no sabía a qué hora saldría el desfile. Se dirigió a un policía y le preguntó. La información fue de lo más sorprendente. No habría un desfile como los de siempre; los tres Reyes iban a llegar por el aire, colgados de un parapente. Llegarían a la plaza y desde allí comenzarían un breve pasacalles por... Lo demás ya no lo escuchó. ¡Los Reyes Magos iban a llegar volando!

El hijo puso los ojos como platos cuando se enteró. Ya no habló de nada más. Preguntaba los detalles y pedía una y otra vez que se le explicara cómo podían llegar. En la imaginación del chaval, la necesidad de que los tres Reyes Magos tuvieran que venir sobre camellos dejó rápidamente paso al deseo de verlos volar. El padre bromeó con la madre sobre la imagen (verdaderamente cómica) del gordo Melchor intentando remontar el vuelo del parapente y cayendo a su pesar. Baltasar, por su raza, podía asociarse mejor a la idea de un fornido atleta, más joven en todo caso que los otros dos. En fin, ya se vería.

El niño, que era de natural contenido, debió de pasar un infierno esperando el momento. Aun así, no decía gran cosa después de comer. Se sentó, como siempre hacía, a ver una película mientras sus padres tomaban un café o entretejían una siesta. En el reloj de la cómoda, que daba la hora con redondas campanadas, sonaron las cinco. A las y media llegarían.

De la mano llevaba el padre a su hijo caminando Castelar abajo. Tenían que ir con cuidado por la nieve. Ya no nevaba, menos mal. Pero el frío que hacía daba la sensación de ir caminando por aire congelado. Más gente iba como ellos hacia la plaza. Iban pandas de chicos mayores riendo y bromeando, tirándose bolas de nieve, chillando y dando carreras.

En la plaza había mucha gente a las cinco y media. Se había hecho un corro grande, que bordeaba todo el inmenso espacio. Ya no había árboles en la plaza, como hacía poco tiempo, sino una llanura abierta que daba todo el protagonismo al edificio del Ayuntamiento. Quizá de manera espontánea o quizá por orden de la policía, se había dejado libre todo el centro de la plaza, como para que ahí fuesen a caer los tres Reyes. Nadie lograba aclarar si los pajes los iban a esperar abajo o vendrían igualmente desde el cielo.

El plan era que se lanzaran en el cerro de los molinos y fuesen dejándose

caer mientras buscaban la plaza. Una vez en tierra firme, comenzarían la cabalgata.

No nevaba ni llovía. El suelo, en cambio, seguía lleno de nieve helada. El cielo estaba gris, triste, como en un bostezo perezoso, como dándose una vuelta en la cama sin llegar a despertarse. Las nubes pintadas de gris parecían bajar a cada momento más. Caían sobre las cabezas de todos. Amenazaban constantemente. Y todos miraban arriba, unas veces para buscar a los Reyes por el cielo, otras para comprobar que no llovía ni nevaba.

Pero el tiempo comenzó a pasar sin que los Reyes aparecieran. El suelo helado dejaba los pies sin una pizca de calor. Al poco tiempo, todos los que esperaban comenzaron un baile sin ritmo, golpeando el suelo con las botas, ¡Qué frío tan terrible!

El niño saludaba desde lejos a otros niños, conocidos o compañeros del colegio. Cruzaba con su padre pocas palabras, conversaciones de tres frases como mucho. La tarde no estaba para nada más. Se acercó entonces un amigo y habló con el niño. El padre aprovechó para buscar a alguien que pudiese informar. Conocía a uno de los guardias que estaban de servicio en la plaza. Pero el pobre guardia sabía tan poco como todos ellos. Y además todos le preguntaban y él se cansaba de decir que de un momento a otro llegarían. Su sonrisa, eso sí, no caía de la cara.

A las seis, un viento helado comenzó a soplar con timidez pero con constancia. El frío se multiplicó, a la vez que llegaba más gente. La plaza estaba repleta de gente que miraba al cielo y al círculo blanco del centro. El círculo era cada vez más pequeño. Pero por más tiempo que pasaba, allí no llegaba nadie, ni volando ni a pie.

Después de una hora de espera, la hora más fría que recordaba el padre, se vio un revuelo entre la gente que estaba más cerca del Ayuntamiento. Corrieron de golpe distintos rumores. Parecía que algo estaba pasando por allí. Algunos chicos decían, "¡Los Reyes, los Reyes!". El padre tomó la mano de su hijo y se acercó cuanto pudo. En su camino se cruzó con el guardia de antes y le preguntó. Ahora el guardia sí le dijo que por el mal tiempo, lo de los parapentes se había abandonado y los reyes habían llegado a pie.

El padre vio de lejos un coche de época, negro y muy poco adornado. Dentro se distinguían varias figuras que saludaban. Eran los Reyes Magos. El niño alcanzó a ver el coche pero no pudo ver nada dentro. El automóvil petardeó un rato, esperó a que se le abriera paso y salió de la plaza. Esa fue la cabalgata. Al

menos, esa cabalgata fue la que vieron el padre y el hijo ese cinco de enero.

Cuando comenzaron su camino de vuelta, los pies no les respondían del todo bien, los tenían helados. Y no se les calentaron en todo el camino. El padre se había llevado la mayor desilusión, porque el niño, a fin de cuentas, lo que esperaba de verdad con ganas era la visita a su casa de esos tres Reyes Magos y los regalos que fueran a dejarle. Que viajaran sobre camellos, colgados de un parapente o metidos en un coche viejo, eso era un detalle menor. Los niños son así: lo que no les ha gustado lo olvidan bien pronto y lo sustituyen por algo nuevo que provoque su ilusión.

Pararon en la churrería ambulante que funcionaba durante todas las navidades en el Paseo de la Estación, frente a la heladería de Eloy. Compraron churros y un envase de chocolate. En casa, mientras el padre contaba a la madre el chasco del parapente, merendaron con los pies bajo las faldas de la mesa.